

RICARDO LEVENE

EL DISCURSO DE MITRE

AL INAUGURARSE LA PRIMERA
ESTATUA ARGENTINA DE
SAN MARTIN EN 1862

Buenos Aires

1949

RICARDO LEVENE

EL DISCURSO DE MITRE

AL INAUGURARSE LA PRIMERA
ESTATUA ARGENTINA DE
SAN MARTIN EN 1862

Buenos Aires

1948

RICARDO LEVENE

EL DISCURSO DE MITRE AL INAUGURARSE LA PRIMERA ESTATUA ARGENTINA DE SAN MARTIN EN 1862 (1)

La tradición sanmartiniana de la Academia Nacional de la Historia tiene un antiguo y noble abolengo intelectual: procede de Mitre, su fundador.

Valoración justiciera de San Martín habían hecho Sarmiento, Lamas, Alberdi, el capitán Lafond y el mariscal Ramón Castilla, entre otros.

Los artículos de Sarmiento sobre Chacabuco y Maipú en la prensa de Chile, en 1841, le valieron "el diploma de escritor americano". Dos años después, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, que habían fundado Lamas y Mitre, nombraba a San Martín, por unanimidad, miembro de número. Ese mismo año tenía lugar la visita de Alberdi, que dedicó un sentido artículo al Libertador, publicando, como el capitán Lafond, entre otros documentos importantes, la carta a Bolívar de 29 de agosto de 1822.

El "Estudio político sobre San Martín y Bolívar y sobre la guerra de la independencia en la América del Sud", de Sarmiento, destinado en 1847 al Instituto Histórico de Francia, es un importante capítulo de sociología americana y una interpretación histórica de los próceres de la revolución emancipadora. En la biografía que escribió diez años después, en 1857, para la "Galería de celebridades argentinas", lo llamó "el fundador armado de la independencia de medio mundo", que por su ciencia militar y su espíritu moral "economizó hijos a las madres y brazos a la industria",

(1) Disertación leída en la Academia Nacional de la Historia, el 14 de agosto de 1948.

terminando por afirmar que ya muerto "aguardaba el viejo soldado la orden de su gobierno de volver a su patria como lo ha solicitado en su testamento".

Durante cuarenta años, contados desde el ostracismo de San Martín, se extiende la época que Mitre ha llamado con razón "aquella larga y tenebrosa noche de ingratitud y olvido", interrumpida por la luz del genio de Sarmiento, que relata con valentía en sus pormenores, porque consideraba que todo debía decirse cuando los pueblos levantan monumentos a sus grandes hombres.

Pero en el año 1862, después de esa época de ingratitud, comienza la etapa definitiva de la justicia y la admiración a las calidades excepcionales de estadista, militar y patriota, encarnadas en el Libertador. Se inauguraron entonces las estatuas en su honor en la Argentina y en Chile. La República del Perú ya la había decretado en vida.

En el discurso que Mitre leyó ese año de 1862, a cargo entonces del gobierno nacional, al descubrir el velo de la estatua que presenta a San Martín en actitud heroica, señaló la proyección histórica de sus ideas y sus virtudes.

Se trata de un discurso magistral, de rebotante contenido, en el que anticipa sintéticamente la concepción sanmartiniana, que desarrollaría en su extensión, un cuarto de siglo después, en la "Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana", de 1887.

"En cuanto a mi conducta pública, declaró San Martín al dejar espontáneamente el cargo de Protector, mis conciudadanos, como en lo general de las cosas, dividirán sus opiniones: a su posteridad corresponde el verdadero fallo".

Esta serena apelación a las generaciones del porvenir es uno de los rasgos más hondos y uno de los sentimientos más puros de San Martín.

En su carta a Tomás Guido, datada en Bruselas el 18 de diciembre de 1826, le habló de los documentos que se darian a conocer después de su muerte sobre su conducta pública y las razones de su retirada del Perú. El general Guido insistía en que debían publicarse en vida, y según San Martín, varias causas lo aconsejaban no seguir tal parecer, pero sólo citaré una, dice, que para mí es concluyente, a saber: la de que lo general de los hombres juzgan del pasado según la verdadera justicia y del presente se-

gún sus intereses, concepto filosófico en el que descansa la teoría de la historia docente como maestra de la vida.

Las palabras de Guido, de que la crónica histórica se vería en "trabajos para cohonestar" su separación del Perú, provocan en San Martín el recuerdo melancólico de los versos de Lebrun, de que en vano se va tras la gloria, por más empeño que se ponga en lograrla, porque el hecho cierto es la muerte. Sin embargo de estos pensamientos escépticos y "del desprecio que yo puedo tener por la historia", dice San Martín, aludiendo a la historia de que hablaba Guido, que se vería en dificultades para explicar su retirada del Perú, "porque conozco que las pasiones, el espíritu de partido, la educación y el sórdido interés, son en general los agentes que mueven a los escritores", es decir, a esos escritores que no alcanzaban a comprender los acontecimientos. Como no podía olvidar que tenía una hija y amigos, "aunque pocos", observa, a quienes debía dar una satisfacción, por esto es que había "trabajado dos años consecutivos en hacer extracto y arreglar documentos que acrediten, no mi justificación, pero sí los hechos y motivos sobre que se ha fundado mi conducta..." Este conocimiento de la vida y su preocupación de poner en evidencia nada más que la verdad y la realidad de los hechos, le inspiran su sentencia de más trascendental sentido filosófico: "... porque estoy convencido, agrega, de que serás lo que hay que ser, si no eres nada".

En efecto, es interesante registrar que San Martín había ordenado algún material, pero como él mismo lo informó, se reducía a "clasificar los hechos en orden cronológico con los documentos que lo comprueban", con respecto a asuntos, entre otros, como el referente a Lord Cochrane, que lo afectaban directamente.

Para que se advierta el criterio objetivo con que San Martín ha ordenado muchos legajos, transcribo esta breve anotación autógrafa en la carátula de un expediente: "1821 - abril - copiado y comprobado, solo resta lo q^e toca al idioma inglés".

La patria le debe a Mitre la conservación del archivo político y militar de San Martín, cuyos más importantes papeles se guardan en el Museo Mitre, muchos de ellos ordenados por Mitre.

Los que hemos frecuentado la casa de Mitre como un hogar intelectual, no podemos traducir con palabras la emoción que nos han suscitado esos pa-

peles, prolijamente clasificados, con autógrafos de San Martín y de Mitre, papeles que hablan y cuentan las vicisitudes, los anhelos, los afanes de estos grandes hombres.

Víctima de la incomprensión de sus contemporáneos, que lo calumniaban o le hacían el reproche tácito por su retirada del Perú, San Martín dió a conocer los documentos probatorios de la entrevista de Guayaquil. Fué primero la carta del general Miller, de 9 de abril de 1827, que concuerda en todas sus partes con la que había escrito a Bolívar el 29 de agosto de 1822, publicada por Alberdi, el capitán Gabriel Lafond y Sarmiento, documento fundamental de la historia argentina y americana, como lo han declarado la Academia Nacional de la Historia y el Instituto Nacional Sanmartiniano. Cartas de San Martín a Bolívar, de 29 de agosto de 1822, y al general Miller, de 9 de abril de 1827, cuyo contenido se reproduce en la carta al presidente del Perú, el mariscal Ramón Castilla, de 11 de septiembre de 1848, el noble amigo de San Martín, figura de estadista y de guerrero, con quien la Argentina tiene una deuda de honor: su estatua en Buenos Aires. Con intuición histórica, le dijo el mariscal Castilla a San Martín: "Mirando con ojos filosóficos los sucesos que se han desarrollado en América, desde que dejó las playas del Perú, goza usted ahora de la satisfacción que da una conciencia tranquila y un procedimiento noble y desprendido, por el que tiene la gratitud de la mayoría de los Estados sudamericanos".

Precisamente ese fallo del mariscal Castilla, soldado de la independencia de América que había peleado en Junín y Ayacucho a las órdenes del general Sucre, era el que había pronunciado Sarmiento en 1847, que repitió diez años después y que ahora Mitre, en 1862, fundaba en su extensión, valorando a San Martín desde los puntos de vista de la historia universal y americana.

Además de la pasión de San Martín y de la Argentina heroica por la independencia de las naciones y la libre determinación de las mismas, concretaba Mitre que todos lo reconocían como el primer genio militar del Nuevo Mundo, el Libertador a la par de Bolívar "con quien compartía la gloria de haber sido el apóstol armado de la Revolución Americana", el hombre para quien "la revolución del nuevo continente no tuvo fronteras",

que la justicia póstuma lo consideraba como un hombre superior a las ambiciones vulgares, que había usado del poder con moderación y con firmeza, para hacer servir todo el triunfo de la noble y grande causa a que había consagrado su espada, su corazón y su cabeza, y que la moral humana había recogido de su vida el bello ejemplo de un hombre que levantado por sus trabajos y por su genio al apogeo del poder y de la gloria, descendió voluntariamente de él, sin debilidad y sin enojo, no queriendo ser un obstáculo al triunfo definitivo de esa causa a que había consagrado su vida.

Ejemplo único en la América del Sur, sólo comparable al de Washington, que "levanta y dignifica su figura moral como hombre público".

Aparte esta significación ecuménica de San Martín, ya vislumbrada en 1862, Mitre lo juzgó como el valor representativo de la Argentina, porque había templado las armas de la Revolución en la severa disciplina; porque fué el propagador infatigable de los principios de Mayo en los países que libertó, inoculando en ellos el espíritu democrático; porque en los momentos más angustiosos, cuando la América sucumbía y todo parecía perdido, impulsó al Congreso de Tucumán a declarar la Independencia en 1816 y a sostenerla con su espada.

Aun más trascendental es la afirmación de Mitre de que fué San Martín quien reveló a la República Argentina "el secreto de su poder y de su fuerza, dando vuelo a su genio militar en el exterior, en los momentos en que devorada en el interior por la anarquía y por las malas pasiones, apenas parecía tener fuerza para sostenerse a sí misma, y gracias a esa fe robusta que le animó entonces fuimos redentores de pueblos, gracia a ella las banderas argentinas pasearon en triunfo por la América del Sur, y salvando con nuestro sacrificio a medio mundo, nos salvamos a nosotros mismos".

La frase de San Martín en la Proclama a los peruanos, de que era necesario realizar la unión sagrada, porque de otro modo "la anarquía os va a devorar", impresionó a Mitre, y en uno de sus estudios juveniles, publicado en "La Nueva Era", de Montevideo, en 1846, el titulado "La montonera y la guerra regular", ya dijo, siguiendo el concepto sanmartiniano, que era necesario fortificar "el espíritu de orden, disciplina y patriotismo... porque si así no lo hacemos la montonera nos va a devorar".

La visión profética de San Martín sobre los males de la anarquía es una de las conclusiones de los modernos estudios sobre el Libertador. Su espíritu asciende en alas del patriotismo como un símbolo viviente de la unión de todos los argentinos, sin distinción de partido de cualquier naturaleza, como uno de los atributos consubstanciales de la nacionalidad. Es que, además de todo lo expuesto y reconocido por historiadores y publicistas, hay en el Libertador la virtud de darse y con eficiencia a la realización de ideales superiores, el equilibrio ajustado o armonía entre su pensamiento y la realidad de su época y una acción concurrente de la clase rectora y las masas con sus certeros instintos, cobrando así relieve su cualidad excelsa, que es el genio político de San Martín.

El discurso de Mitre termina en esta afirmación vigorosa, que en el estilo lapidario del gran historiador contiene todo lo que se puede decir como fórmula expresiva de la gratitud y también de la responsabilidad moral contraída por los herederos de su legado histórico:

“Debémole la organización y la consolidación definitiva de la República Argentina, a la que consagró su vida, su genio y sus afanes, para que su patria no se muestre inferior a las glorias que él le dió, y para que sean cumplidos los votos de los padres de nuestra independencia”.

El discurso de Mitre de 1862, al inaugurar la primera estatua de San Martín es, sin duda, una de las piezas de excepcionales méritos en la oratoria argentina. En sus contadas páginas está volcada la síntesis de la significación de su vida. El historiador erudito iría desarrollando su contenido en sucesivos discursos y estudios monográficos, hasta la investigación exhaustiva, veinticinco años después, consultando todos los libros, folletos, periódicos, mapas geográficos, croquis militares, la iconografía y no menos de diez mil documentos, no sólo los del pasado, sino los documentos vivos, al recorrer sobre el terreno todos los itinerarios de la campaña del Ejército de los Andes y estar personalmente en todos los campos de batalla, gigantesco esfuerzo e insobornable honradez científica que dieron por resultado ese monumento tallado en materia noble y original que es la “Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana”.

DISCURSO DE BARTOLOME MITRE

LA ESTATUA DE SAN MARTIN

(Al descorrerse el velo)

Julio 14 de 1862.

Señores: Va a descorrerse el velo detrás del cual se oculta la noble imagen del general don José de San Martín, en la actitud heroica en que lo ha inmortalizado el arte, representando el momento en que al escalar las más elevadas montañas del orbe, montado en su caballo de guerra, enseñó a sus legiones el camino del heroísmo, y contempló desde lo alto de ellas, con la mirada profética del genio, las pampas, los mares, los valles y las montañas de la América del Sur, teatro de sus pasadas y futuras glorias.

Esa imagen va a ser presentada al fin a la admiración y a la gratitud de aquella posteridad, a cuyo fallo apeló confiadamente en el momento más solemne de su vida, cuando se despidió por siempre de las playas americanas.

El general San Martín dijo al descender espontáneamente del alto puesto a que se había encumbrado: "En cuanto a mi conducta pública, mis conciudadanos, como lo general de las cosas, dividirán sus opiniones: a su posteridad corresponde el verdadero fallo". Ese fallo ha sido pronunciado ya por la voz de dos generaciones.

Tres repúblicas lo han aclamado como el padre y el fundador de su independencia y de su libertad.

La geografía política ha señalado ocho repúblicas independientes dentro del círculo trazado por su espada victoriosa.

El mundo entero lo ha reconocido como el primer genio militar del Nuevo Mundo.

La América toda lo ha declarado, a la par de Bolívar, el libertador de medio mundo, con quien comparte la gloria de haber sido el apóstol armado

de la revolución americana, que hizo flamear sus banderas victoriosas desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde Valdivia hasta la línea del ecuador, marcada por sus volcanes encendidos.

La historia ha consignado en sus páginas eternas sus inmortales triunfos de San Lorenzo, Chacabuco y Maipo, su atrevido paso de los Andes, su memorable expedición al Perú. La justicia póstuma de los pueblos ha comprendido al fin en el gran capitán y el hábil político, al hombre superior a las ambiciones vulgares, que supo dirigir la fuerza con inteligencia y con vigor, y usó del poder con moderación y con firmeza, para hacer servir todo al triunfo de la grande y noble causa a que había consagrado su espada, su corazón y su cabeza.

Por fin, señores, la moral humana ha recogido de su vida el bello ejemplo de un hombre que, levantado por sus trabajos y por su genio al apogeo del poder y de la gloria, desciende voluntariamente de él, sin debilidad y sin enojo, comprendiendo que había llenado su misión, y no queriendo ser un obstáculo al triunfo definitivo a que había consagrado su vida. Este ejemplo, único en la América del Sur, y que sólo puede ser comparado con el de Washington, levanta y dignifica su figura moral como hombre público. Tales son sus títulos a la admiración y a la grandeza de la posteridad, y tales son los motivos que reúnen a un pueblo en torno de su estatua de bronce, cerrando con este acto el período de la ingratitud y abriendo el de la reparación que le debíamos. La obra de la reparación ha sido lenta y tardía, pero segura.

Por veinte años su nombre y su gloria han sido botados o a la ingratitud o al olvido, reprochándole como un crimen el que no pidiese limosna como Belisario!

Cuando abandonó el Perú, trayendo consigo el estandarte que Pizarro había llevado para esclavizar el Imperio de los Incas, la calumnia y el insulto cobarde le persiguieron por la espalda, y aunque no faltaron para honor del Perú voces valientes y generosas que se levantaron en su honor y en su defensa, cuando él no ejercía ya influencia alguna en aquella república, el insulto y la calumnia empañó por el momento la corona del Libertador.

Al recorrer solitario el camino que poco antes había cruzado seguido de legiones valerosas, de que su genio era el alma, apenas pudo merecer de Chile una hospitalidad precaria y pasajera, amargada por

el denuesto; y desde entonces Chile borró de su historia por el espacio de veinte años el nombre del fundador de su independencia. En las grandes festividades nacionales que la conmemoraban; en los aniversarios de las batallas de Chacabuco y Maipo que la aseguraron; en las mismas banderas que flotaban al viento de la libertad conquistada por el genio y la espada de San Martín, acaudillando sus legiones argentinas y chilenas, el nombre de San Martín brillaba tan sólo por su ausencia! Al regresar a la patria, al volver al punto de partida, de donde había salido ocho años antes al frente de sus valerosos granaderos a caballo, el general San Martín, el capitán ilustre de tres repúblicas, no tenía dónde pasar revista en el ejército argentino, y el gran ciudadano de medio mundo se encontró despojado de los derechos de la ciudadanía en su propia patria, porque la humilde aldea adonde había abierto sus ojos a la luz del día era un montón de ruinas!

Y ya que he hablado de la ingratitud pública y estamos aquí haciendo un acto de reparación, lo diré todo, porque todo debe decirse cuando los pueblos levantan monumentos póstumos a la memoria de sus grandes hombres.

Condenándose voluntariamente el general San Martín al ostracismo, con una fuerza de alma y una serenidad de espíritu de que hay pocos ejemplos en la historia, sintió a los cinco años de ausencia la necesidad de volver a respirar el aire de la tierra natal. Llegó al puerto de Buenos Aires el día 12 de febrero, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, y en las puertas de su patria encontró este letrero, escrito por manos argentinas: "Ambigüedades. El general San Martín ha vuelto a su país a los cinco años de ausencia, pero después de haber sabido que se habían hecho las paces con el Emperador del Brasil". El primer capitán americano era así apostrofado de cobarde por sus mismos compatriotas, y precisamente en el momento en que se celebraban dos grandes días de gloria militar que había dado a su patria. El general San Martín, al recibir este saludo, volvió a su destierro con dignidad y silencio, sin pisar la tierra que venía buscando, y se fué para no volver más, para morir lejos de nosotros, esperando tranquilamente el fallo justiciero de aquella posteridad a que había apelado en otro tiempo.

Se ha dicho muy bien que la respuesta de San

Martín en aquella ocasión había sido dada dos mil años antes por la boca de Scipión, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas: "En un día como éste salvé a Roma. Vamos al templo a dar gracias a los dioses tutelares del Capitolio para que siempre tengan generales que se me parezcan". Pero San Martín ni dió esta respuesta, ni mandó grabar como aquel grande hombre sobre su sepulcro: "Ingrata patria, no tendrás mis huesos". La respuesta nos la ha dado modesta y generosamente desde la tumba. El dejó escrito en su testamento: "Quiero que desde el lugar en que muera se me conduzca al cementerio; pero deseo que mi corazón descanse en el de Buenos Aires".

Al fin, señores, después de aquella larga y tenebrosa noche de ingratitud y de olvido, la gloria de San Martín se ha levantado como una estrella del cielo americano.

La República del Perú, la primera que le decretó en vida una estatua, ha glorificado dignamente su memoria y ha atendido generosamente a sus descendientes.

Chile, que durante parte de su destierro lo consideró como el generalísimo de sus ejércitos, abonándole el sueldo que su patria no se creía en el deber de darle, ha sido la primera que ha realizado el pensamiento de erigirle una estatua, que inmortalice su memoria para los presentes y para los venideros.

Y Buenos Aires, por último, presidida por su Municipalidad, asociada al pueblo y al Gobierno en representación de su patria agradecida, ha erigido también una estatua ecuestre, cincelada en el bronce, para perpetuar dignamente el recuerdo de sus altos hechos y presentarlo a la admiración de los presentes y de los venideros, montando un caballo del metal de sus cañones, que no se fatigará jamás de llevarlo sobre sus hombros, como no se fatigará jamás el genio de la gloria de levantar en alto su corona cívica y militar de luces y de laureles.

El breve espacio que llena ese soberbio pedestal de mármol será el único pedazo de tierra que San Martín ocupará en esta tierra libertada por sus esfuerzos, mientras llega el momento en que sus huesos ocupen otro pedazo de tierra en ella!

Pero su nombre, pero el recuerdo de su genio, pero sus altos hechos, y los resultados de sus generosos esfuerzos, ocuparán eternamente el corazón y

la memoria de sus compatriotas. Debémosle este homenaje de gratitud póstuma, nosotros sus compatriotas, los herederos legítimos de su nombre y de su gloria, a quienes legó su corazón al morir, porque si San Martín era verdaderamente grande, considerado como hombre americano, para quien la revolución del nuevo continente no tuvo fronteras, tiene, además, títulos especiales a nuestra admiración y nuestra gratitud, considerándolo puramente del punto de vista de la historia y de la nacionalidad argentina.

El fué quien templó las armas de la revolución argentina por medio de la severa disciplina, prometiendo su dirección a la consumada ciencia militar.

El fué el representante de la acción externa de la revolución argentina, concretada en un vasto plan de campaña que abrazaba toda la América del Sur en sus atrevidas combinaciones al través de mares y montañas.

El fué el propagador más infatigable de los principios de la Revolución de Mayo en los países que libertó su espada, inoculando en ellos el espíritu varonil y democrático que presidió a nuestros primeros trabajos de organización política.

El fué quien en los momentos más angustiosos de nuestra revolución, cuando la América sucumbía bajo el peso de las armas españolas, y todo parecía perdido, impulsó al Congreso de Tucumán a declarar nuestra independencia en 1816, y su espada, a la par de Belgrano, fué la primera que se levantó para sostenerla, y la única que la selló con tres grandes victorias.

El fué el que reveló a la República Argentina el secreto de su poder y de su fuerza, dando vuelo a su genio militar en el exterior, en los momentos en que, devorada en el interior por la anarquía y por las malas pasiones, apenas parecía tener fuerza para sostenerse a sí misma; y gracias a esa fe robusta que le animó entonces, fuimos redentores de pueblos, gracia a ella las banderas argentinas pasaron en triunfo la América del Sur, y salvando con nuestros sacrificios a medio mundo, nos salvamos a nosotros mismos.

Por eso también le debemos un monumento más duradero aún que la estatua que vamos a inaugurar en su honor, porque al fin los metales y las piedras son materiales frágiles para la mano del tiempo, que puede convertirlos en polvo, mientras que el

recuerdo de las grandes naciones es imperecedero y no se borra jamás de la memoria de los hombres.

Debémole la organización y la consolidación definitiva de la República Argentina, a la que consagró su vida, su genio y sus afanes, para que su patria no se muestre inferior a las glorias que él le dió, y para que sean cumplidos los votos de los padres de nuestra independencia.

Es sin duda un feliz augurio para la nacionalidad argentina, que la estatua del grande hombre que más cumplidamente la simboliza se levante por los esfuerzos generosos del pueblo de Buenos Aires, en momentos en que el mismo pueblo se pone de pie y consolida la base de la patria común.

Si el bronce se animara, sin duda que el general San Martín se estremecería de gozo cuando pudiese contemplar, como en este momento, en torno suyo a todos los miembros de la gran familia argentina, reunidos en paz y libertad, y realizando después de medio siglo de trabajos y de infortunios la grande obra a que consagró su vida.

Mientras tanto, y mientras llegue el momento en que, organizada definitivamente la República Argentina, podamos colocar a su frente la estatua del general Belgrano, que divide con San Martín las páginas de nuestra historia y el corazón de los argentinos, porque ellos son los dos grandes hombres de acción y pensamiento de nuestra revolución, saludemos en ese bronce que va a descubrirse, la noble y la inmortal efigie del fundador de tres repúblicas, del vencedor de San Lorenzo, de Chacabuco y Maipo, del primer capitán del Nuevo Mundo, del ilustre guerrero argentino, el general don José de San Martín!